

Davos 2000: la economía es más que internet

1. "Davos a la sombra de Seattle"

De acuerdo a nuestro calendario y a Klaus Schwab, organizador del foro, Davos ha sido la primera cumbre del siglo XXI. Pero un simple calendario no borra la historia pasada, si recordamos que dos meses antes tuvo lugar la conferencia de la Organización Mundial del Comercio, en Seattle, donde nada se pactó, nada se firmó y "todos se fueron como habían llegado". Algo parecido va a suceder en Davos. En esta reunión se ha acuñado el término "el hombre de Davos" y "el hombre de Seattle", como dos visiones antagónicas de la misma realidad mundial. Por esta razón he entrecorrido el título con que Vidal Beneyto introduce esta cumbre: "Davos, a la sombra de Seattle" (*El País*, 29 de enero de 2000). "La sombra de Seattle es alargada" y se ha paseado, a modo de fantasma, durante los seis días entre los invitados de la élite capitalista mundial. También en Davos se hicieron presentes un millar de manifestantes, ecologistas, pacifistas, sindicalistas..., llegados de Francia, Italia, Alemania y de las misma Suiza. Si en número fueron inferiores a los 40 000 manifestantes de Seattle, sus consignas no fueron menos contundentes: "No al politburó de la Internacional Capitalista", "No permitiremos que los inversionistas despojen al pueblo". Algunos llegaron a calificar al foro de Davos como "reunión de asesinos" y el sindicalista campesino francés, José Bové, pidió que ésta fuera la última reunión de Davos.

La mayoría de los participantes, no todos, en Davos pretendieron que el tono y el contenido de sus discursos hiciera olvidar la triste imagen de Seattle e incluso mostrar que los opositores a la globalización estaban equivocados. En Davos se

han congregado unos treinta y tres jefes de Estado y de gobierno, 300 políticos en ejercicio, más de mil ejecutivos de grandes empresas y centenares de expertos, en todos los ramos del saber. En esta cumbre no se toma ninguna decisión, nadie redacta una conclusión final y tampoco se trata de un gobierno mundial. Más bien, "es una feria internacional del poder, en la que la principal mercancía que se exhibe es la información, los contactos, la capacidad de predicción y de diagnóstico entre expertos, ejecutivos y comunicadores". En el presente año, Davos ha sido "un foro para vender el éxito de la 'nueva economía': el comercio electrónico y más en concreto las transacciones vía internet de empresa a empresa, eliminando así intermediaciones inútiles, son el motor del crecimiento y del cambio de cultura económica y financiera, que experimenta el mundo desarrollado".

El organizador del evento, Klaus Schwab, habla de un "nuevo comienzo", cuya fórmula es combinar "cambio y estabilidad"; desarrollar una ideología de la renovación perpetua, pero a la vez "preservar las tradiciones culturales" y construir "el marco de una moral compartida y de estándares éticos". Es importante que se hable de una moral compartida, porque el comentarista Lluís Barrets recuerda que "el 50 por ciento de los empresarios congregados en Davos piensa que la nueva revolución tecnológica aumentará las diferencias entre los países desarrollados y los subdesarrollados, frente a un 38 por ciento que cree lo contrario. Y llegan a un 63 por ciento los que piensan que internet aumentará la diferencia entre ricos y pobres" ("Un foro de Davos para vender el éxito de la 'nueva economía'", *El País*, 30 de enero de 2000).

Esta breve encuesta muestra que la sombra de Seattle se ha proyectado en la semana de Davos. Dos titulares de *Le Monde* lo expresan concisamente: "Davos, entre mundialización y manifestación" (29 de enero de 2000) y "Davos, los jefes de Estado han intentado borrar el fracaso de la Organización Mundial del Comercio". El primer ministro Tony Blair dio la pauta: "podemos y debemos intentar una nueva ronda de negociaciones comerciales este año. No podemos permitir otro Seattle, pero tampoco podemos rechazar los considerables beneficios que emanarían de esta reunión". Tony Blair propone la creación de una comisión de personas calificadas, encargada de presentar un mejor funcionamiento de la Organización Mundial del Comercio". Esto significa que la lección de Seattle está presente (S. Marti y B. Stern, "Davos: les chefs d'Etat ont tanté d'effacer l'échec de l'OMC", *Le Monde*, 31 de enero de 2000).

2. El nuevo escenario de Davos 2000

Sin opacar la sombra de Seattle, el escenario mundial de Davos 2000 es sensiblemente diferente al de 1999. Davos 1999 venía precedido por unos documentos que presagiaban tensos debates en torno a la agenda del foro: "La globalidad responsable: la gestión del impacto de la globalización". Allí se dijo que "el proceso de globalización se está desarrollando en forma irresponsable, en el sentido literal de la palabra. O sea sin que nadie tenga control o responsabilidad sobre el mismo". Uno de los expertos comenzaba su comentario afirmando que "la sorpresa de este año [1999] en el foro económico mundial estribó justamente en la desaparición del optimismo beato, de la ciega exaltación del modelo, de la pureza impoluta del mercado..." (F. J. Ibisate, "En búsqueda de una tercera vía", *ECA*, 1999, pp. 465-467).

En el foro de Davos 2000 soplaron nuevos aires de euforia en los discursos inaugurales. No se percibían nubarrones en el horizonte: la economía mundial crecerá un 4 por ciento en el año 2000, la crisis financiera sudasiática quedó atrás y la crisis económica rusa quedó limitada a la federación. El euro se estaba consolidando, aunque en esos mismos días había descendido por debajo del dólar, y sobre todo la "nueva economía" estadounidense estaba cumpliendo los 107 meses de crecimiento sostenido más largo de toda su historia. El reconfirmado presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, había conducido certeramente la políti-

ca monetaria, propiciando un crecimiento sin inflación. Los titulares de los discursos inaugurales rezuman la euforia de los ponentes: "La élite del capitalismo mundial celebra en Davos la actual exuberancia de las bolsas", "Dirigentes de Estados Unidos exhiben en Davos el éxito de su economía ante los europeos", "Los expertos presentes en la localidad suiza descartan que exista una burbuja financiera", "La élite empresarial, política y tecnológica de Estados Unidos han convertido el foro mundial de Davos en una escuela de negocios en la nieve para sus colegas europeos...".

Punto repetido es la negativa de que la bolsa estadounidense esté dominada por una burbuja financiera. Abby Joseph Cohen, de *Goldman Sachs*, afirma que "Wall Street vive momentos de exuberancia racional... y rechaza el sombrío y aún no materializado diagnóstico sobre la irracionalidad, lanzado desde diciembre de 1996 por el presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan... Esta ejecutiva señaló además que la llamada nueva economía —nacida del crecimiento de la productividad por la aplicación generalizada de las nuevas tecnologías de la información a la actividad económica y financiera, y cuya consecuencia más palpable sería el período de expansión económica más largo de Estados Unidos en toda su historia, 107 meses, que oficialmente se alcanzará el próximo febrero— asegura que las futuras recesiones tendrán un efecto mucho menor y menos grave sobre la actividad económica, los beneficios empresariales y la cotización de las acciones". Cohen recordó que la economía estadounidense ha creado 16 millones de empleos en los últimos cinco años, mientras que Europa perdía un millón (M. Pérez, "La élite del capitalismo mundial celebra en Davos la 'exuberancia' de las bolsas", *El País*, 28 de enero de 2000).

El mismo comentarista dice que los estadounidenses vienen a Davos con los aires triunfales de César: "llegar, ver y vencer". Algo tenían que decir y hacer los europeos para no aparecer como niños de escuela. Este fue el papel de Tony Blair, que dejó la imagen de un líder modernizador. Blair ensalzó con entusiasmo las virtudes de la nueva economía y definió tres principios de su gobierno: "rigor monetario, cambio acelerado de la estructura industrial y apoyo a los proyectos de nuevas tecnologías de las pequeñas empresas, y reforma de los sistemas de bienestar y de los mercados laborales". El programa de Blair, que incluye una

reforma de la Unión Europea, pretende "recuperar el liderazgo de la nueva economía", que elevaría el nivel de ingresos, reconociendo que "cada persona tiene un valor en potencia". El empresario estadounidense Michael Dell, quien habló junto a Tony Blair, aprovechó la oportunidad para dar algunos consejos al *premier* británico sobre la aplicación de los programas informáticos.

En esta ocasión Blair volvió sobre el fracaso de la ronda de la Organización Mundial del Comercio. Prueba de que este fiasco de Seattle ha estado presente en la retina de la mayoría de los representantes de esta élite del capitalismo mundial. Blair participa de la idea de que Estados Unidos y la Unión Europea dirijan el proyecto de una nueva ronda de liberación comercial este mismo año, "partiendo de la propuesta de que los países ricos deberían ofrecer a los países en desarrollo acceso libre a sus mercados para la mayoría de sus productos". Tony Blair recibió calurosos aplausos por haberse subido al tobogán de la "nueva economía" (M. Pérez, "Dirigentes de Estados Unidos exhiben en Davos el éxito de su economía ante los europeos", *El País*, 29 de enero de 2000).

La referencia que hace Tony Blair a Estados Unidos y a la Unión Europea, como líderes de todo el proceso de liberalización comercial, estaría apuntando un rincón oscuro de esta economía mundial: el estancamiento deflacionista en que se halla Japón, la segunda economía mundial. Se ha dicho alegremente en Davos que la crisis financiera sudasiática "quedó atrás"; pero esto no es cierto para la economía japonesa. Kenneth S. Curtis, del *Deutsche Bank* de Asia, dijo que la segunda economía del mundo se enfrenta a bastantes problemas de corto plazo: tiene que recapitalizar su sistema bancario y de seguros (*ECA*, 1998, p. 903ss.). Y realizar una profunda reestructuración empresarial, abandonando actividades no rentables, incrementando sus inversiones tecnológicas. Por añadidura, se enfrenta con un serio envejecimiento de su población laboral, traducido en contracción de mano de obra y en incremento de la carga social. La situación de deflación, debida a la caída de precios, lleva a los consumidores a posponer el consumo y a aumentar un ahorro, que sale hacia Estados Unidos. Esto ha obligado a este gobierno a aplicar una política de ingente gasto público, que ha elevado la deuda pública a un 150 por ciento del PIB. K. Curtis, quien vaticina un crecimiento de la economía mundial del 4 por

ciento, se muestra preocupado por el elevado nivel de endeudamiento de las economías mundiales (400 miles de millones de dólares en Estados Unidos en 2000, sin hablar de los países pobres) y la volatilidad de los mercados de divisas, en especial el yen. Las manifestaciones de Seattle, dice este analista, son prueba "de la creciente conciencia de que las condiciones de vida no sólo se rigen por consideraciones económicas" (M. Pérez, *ibíd.*). No todo lo que brilla es oro, incluso en las grandes trilaterales.

3. El esperado discurso de Bill Clinton

Dicen que Clinton se ganó menos aplausos que Tony Blair, porque algo dijo sobre el lado oscuro de la globalización. Algunos oyentes incluso quedaron defraudados. Recordemos que Clinton fue el anfitrión de la reunión de la Organización Mundial del Comercio, en Seattle, que fracasó, en parte, por la postura inicialmente autoritaria de Estados Unidos. Clinton reconoce que la economía estadounidense mantiene un largo período de crecimiento económico, pero abandona el tono triunfalista al subrayar que se debe tomar en cuenta a los que quedan al margen del progreso y escuchar las críticas a este proceso. "No podemos pretender que la globalización es simplemente un asunto económico". La globalización no ha resuelto e incluso ha agravado serios problemas, como la desigualdad entre las naciones desarrolladas y atrasadas, y los pobres y los ricos, en los países más ricos. Escuchando a los manifestantes de Seattle y Davos, Clinton solicitó a las multinacionales más importantes tomar en consideración las voces de quienes critican la globalización económica, para obtener incluso un apoyo popular a este proceso de liberación y revolución tecnológica.

Clinton dio a entender que estos manifestantes tienen razón al criticar que "el comercio sea sólo cuestión de políticos y expertos... Tenemos que dejar de negar que la globalización ha aumentado las desigualdades y explicar que responde a la aparición de nuevas tecnologías, que ofrecen nuevas e inmensas oportunidades... Tenemos que explicar que podemos luchar contra las desigualdades, mejorando la educación y la formación". En los mismos Estados Unidos hay zonas con una tasa de desempleo que triplica el 4.1 por ciento promedio y que se han quedado atrás. "No hemos sabido evitarlo y tenemos una gran responsabilidad; si no ayudamos a los más desfavorecidos ahora, cuando

disfrutamos de la más larga expansión de la historia, ¿cuándo lo haremos?”.

Puestas estas advertencias, el objetivo de Clinton era apoyar y continuar avanzando en este proceso de liberalización del comercio internacional, señalando que “quienes desean una vuelta atrás de la globalización, porque temen sus consecuencias negativas, están totalmente equivocados. Cincuenta años de experiencia demuestran que una mayor integración económica y una mayor cooperación política son las fuerzas positivas”. Por ello, Clinton, al igual que Tony Blair, se comprometió a poner en marcha una nueva ronda de negociaciones para la liberalización comercial, sujeta a previas conversaciones entre los 135 países miembros de la Organización Mundial del Comercio. Repitiendo lo ya expresado en Seattle, “Clinton apoyó la idea de que en esas conversaciones sobre liberalización comercial deben incluirse aspectos como los derechos de los trabajadores y el respeto al medio ambiente, e incluso defendió la imposición de sanciones a los países que no sean capaces de mejorar la protección de los trabajadores...”. Clinton afirmó que “no se puede esperar que, por la simple liberalización de las transacciones comerciales, los países más atrasados puedan superar su pobreza”.

Precisamente, estas laudables preocupaciones sociales de Clinton suscitaron la ironía y el rechazo en la reunión de Seattle, porque Estados Unidos no ha ratificado muchos de los acuerdos de la Organización Internacional del Trabajo, ni el tratado de Kyoto, sobre la reducción de gases de efecto invernadero (1998). Una vez más, Clinton aprovechó la reunión de Davos para solicitar a la Unión Europea que reduzca sustancialmente sus subvenciones a la agricultura, beneficiando así las exportaciones del tercer mundo. La verdad es que también los estadounidenses subvencionan, en forma menos ostensible, su agricultura, tal como apareció en Seattle. En esos mismos días estaba latente la inconformidad de los representantes de Estados Unidos por la reglamentación impuesta a las exportaciones de organismos genéticamente modificados, aprobada en la reunión de Montreal, 30 de enero de 2000.

Este discurso de Clinton fue acompañado por la ponencia de su Secre-

rio del Tesoro, Larry Summers, quien recordó las desigualdades aún presentes en la sociedad estadounidense, tanto en lo referente a las elevadas tasas de desempleo en ciertas zonas del país, como en la reducida esperanza de vida en algunas ciudades. Sobre todo “mostró su preocupación por el bajo ahorro de los hogares estadounidenses, algo que los expertos reunidos aquí llaman elevado endeudamiento, y que, en caso de ralentización económica, colocaría en dificultades a muchas familias”. Por su parte, Stanley Fischer, del Fondo Monetario Internacional, “aseguró estar inquieto por la desbocada marcha de la economía estadounidense, que podría verse abocada a una caída drástica en el caso de que los actuales ritmos de crecimiento no puedan ser controlados”. Faltó la participación de Joseph Stiglitz, recientemente exiliado del Banco Mundial por presión de los grupos conservadores, para quien no es un teorema demostrado que la globalización sea beneficiosa para los países más pobres, siendo que más bien se trata de un “fraude intelectual” (M. Pérez, “Clinton centra su discurso en los que quedan al margen del progreso”, *El País*, 30 de enero de 2000; “Clinton pide oír voces antiglobalización”, *La Prensa Gráfica*, 31 de enero de 2000; H. Kempf, “OGM: Europe et pays du Sud imposent une réglementation internationale”, *Le Monde*, 31 de enero de 2000).

4. La seguridad económica de Estados Unidos

Dentro de Davos, en un seminario titulado, “El desafío del compromiso mundial de Estados Unidos”, la Secretaria del Estado, M. Albright, y el Secretario del Tesoro, L. Summers, hablaron sobre “el éxito de Estados Unidos ante el desafío de



conseguir no ser una nación imperialista". A partir de los fragmentos disponibles de ambos discursos, los ponentes llegaron quizás a convencerse a sí mismos, aprovechando que los manifestantes habían sido contenidos por la policía a quinientos metros del centro de convenciones. Antes y durante la reunión de Seattle, uno de los puntos más protestados fue el "unilateralismo" de Estados Unidos, que pasaba por encima de las mismas organizaciones internacionales. En Davos vuelven a aparecer los términos contradictorios. Por una parte, quiere mostrar que Estados Unidos no es una nación imperialista y, por la otra, afirma que "su superpoder, encargado de asegurar el progreso económico de la humanidad, sólo está amenazado por quienes rechazan la globalización". Por lo visto, la "humanidad" no tiene derecho a estar en desacuerdo con la teoría del gobierno de Estados Unidos. Semejante postura ni siquiera encaja con la posición intermedia del presidente Clinton.

El Secretario del Tesoro, L. Summers, afirmó que "las más grandes amenazas a nuestra seguridad económica residen en la inseguridad que provoca reacciones de oposición a la integración económica global... Una economía mundial fuertemente integrada ofrece la mejor defensa y al menor coste de los intereses fundamentales de Estados Unidos". Es decir, que la norma de la economía mundial son los intereses fundamentales de Estados Unidos. A esto, en el diccionario de la Real Academia, se le llama "imperio o imperialismo". Estas afirmaciones logran el efecto opuesto al pretendido. No es de extrañar que personas cercanas a los entresijos estadounidenses susurren que Joseph Stiglitz fue exiliado del Banco Mundial por presiones de L. Summers. Tanto M. Albright como L. Summers afirmaron que era necesario convencer también a la opinión pública estadounidense sobre la responsabilidad de su país en la comunidad internacional. "Explicar esto de la forma más eficaz a nuestra población sería crucial para avanzar".

En la línea marcada por Clinton, L. Summers recomendó a los países desarrollados "hacer esfuerzos para abrir sus fronteras comerciales a los países en desarrollo", dando a entender que esta apertura concierne sobre todo a la Unión Europea. "No creo que seamos nosotros quienes debemos disculparnos por nuestra poca apertura comercial hacia los países en desarrollo". Otro banderillazo a los opositores de la globalización, en especial a los

países en desarrollo: "que revisen su negativa a aceptar estándares laborales y medioambientales". Movimientos ecologistas y sindicalistas hacen razonablemente la misma petición. Pero no es Estados Unidos el portaestandarte más digno de estas medidas cuando —y una vez más— no han firmado muchos de los acuerdos de la Organización Internacional del Trabajo, tal como se lo reprocharon en Seattle. También sería conveniente que L. Summers relejera la obra del candidato presidencial, Al Gore, *La tierra en juego (Earth in the balance)*, para convencerse de que su país no ha sido un modelo en asuntos medioambientales, sobre todo fuera de sus fronteras, y que no se dignó firmar el protocolo de Kyoto (1999), sobre el efecto invernadero.

Tampoco fue muy afortunada la posición de M. Albright al relacionar la defensa de la democracia, consigna de la política exterior de su país, con el libre comercio. Nos topamos aquí con una extraña definición de la democracia: el comercio internacional de bienes, servicios y capitales, entre naciones desiguales, es democracia. No es de extrañar que un representante filipino acusara a Albright de presentar a su país como un campeón de la democracia, cuando en realidad había apoyado a dictadores como Ferdinand Marcos, Mobutu... A M. Albright la salvó la campana. El moderador se encargó de que no tuviera que responder a la incómoda pregunta. Manel Pérez concluye: "para muchos de los asistentes lo ocurrido en Seattle es una amenaza que aún no han conseguido olvidar" (M. Pérez, "EEUU cree que el rechazo a la globalización amenaza su seguridad económica", *El País*, 31 de enero de 2000).

5. Davos: el foro del internet

A juzgar por las siglas, el mismo enviado especial de *El País*, M. P., cree que la élite del capitalismo mundial se convierte al paradigma de la "nueva economía", cuyo totem es el internet, a cuya red están conectados 200 millones de personas. El prolongado período de crecimiento sin inflación se explica por los incrementos de la productividad, derivada de la aplicación masiva de las nuevas tecnologías de la información. Dos incógnitas: "los economistas aún se resisten a patentarlo como concepto seguro con el que poder entender lo que está ocurriendo. En segundo [o en primer] lugar, la reacción contra la globalización, patente en el fracaso de Seattle. Los panegiristas de la globalización deben escuchar a sus críticos y pres-

tar atención a la gastada idea del rostro humano de la globalización". Otra incógnita es el estado de la bolsa de valores de Wall Street. El 69 por ciento de los encuestados en Davos creen que se puede hablar de burbuja. Sin embargo, un 62.8 por ciento reconoció invertir en bolsa más que hace sólo dos años. Un 97 por ciento apostó a favor de que el mercado de internet será más grande que el de los ordenadores personales. Al mismo tiempo, un 76 por ciento de los ejecutivos dicen continuar haciendo sus operaciones mediante los canales tradicionales. Estadísticas un tanto paradójicas de los usuarios posibles del internet.

Tampoco los grandes creadores del internet se pusieron de acuerdo sobre el desarrollo futuro de la red. Bill Gates, Steve Case y Sumner Redstone, directores de las compañías más grandes del mundo, no consiguieron ponerse de acuerdo. Cada uno apostó por una estrategia diferente para el futuro, de acuerdo a la fortaleza de sus firmas en las áreas respectivas (M. Pérez, "El foro de Davos se rinde ante la 'nueva economía' de internet", *El País*, 2 de febrero de 2000; "Los presidentes líderes de internet discrepan sobre el desarrollo de la red", *El País*, 1 de febrero de 2000; B. Stern, "Forum de Davos: la 'nouvelle économie' portée par internet sera au centre des débats", *Le Monde*, 27 de enero de 2000). Davos fue el foro de internet. De Davos 2000 se puede decir algo semejante a lo sucedido en Seattle: "todos se fueron como habían llegado". Los invitados asistentes, quienes pagaron 20 000 dólares, más los gastos de traslado y alojamiento, salieron convencidos de las virtudes de la "nueva economía" de crecimiento sin inflación, de internet y de la racionalidad de la bolsa de valores. Los manifestantes ecologistas, sindicalistas, pacifistas... y sobre todo los 2 mil millones de personas que no tienen electricidad no ven las cosas tan claras. Por eso, siempre habrá manifestantes cuando el gran capital se junte para presentar una "economía parcial", que sigue siendo un fraude intelectual.

6. En Davos 2000, ¿se habló de la economía mundial?

En Davos 2000 se habló de la "nueva economía" como el nuevo "fin de la historia". Pero no se habló de la verdadera economía mundial, porque la mayoría de los "invitados cotizantes" no dan muestras de ver o querer ver la realidad mundial. Si Davos 1999 levantó expectativas de un po-

sible nuevo orden internacional, ante el escenario de tantos países golpeados por la crisis financiera mundial, Davos 2000 ha sido más bien decepcionante a este propósito. Un signo positivo es que los manifestantes de Seattle, estando ausentes, estuvieron presentes en el recuerdo y en las palabras de los connotados ponentes. Sin embargo, parecería que se les hizo presentes para convencerlos y no tanto para escucharlos. De todas formas, ni los manifestantes de Seattle, ni los de Davos, honrarían con su firma las presentes conclusiones.

Algunas encuestas colaterales y algunos comentarios agregados por los periodistas nos presentan unas pinceladas sobre la economía mundial. Una encuesta pasada a 1 500 asistentes revela una decena de temas identificados como las preocupaciones del nuevo siglo. En orden de importancia: el cambio climático (20.3 por ciento), el fin de la ética tradicional (15.7 por ciento) y la ineficiencia del sistema internacional (15.1 por ciento). Los efectos negativos de la globalización sólo obtienen un 8.9 por ciento de aceptación. A la pregunta por la responsabilidad primordial de las empresas, los participantes ponen, en primer lugar, el cambio climático (26.1 por ciento); en segundo lugar, la inestabilidad financiera (18.6 por ciento) y, en tercer lugar, la ineficiencia del sistema internacional (15.2 por ciento). A la pregunta por los problemas a los cuales los estados deben prestar atención primordial, los encuestados responden: la ineficiencia del sistema internacional (23.1 por ciento), el cambio climático (22 por ciento) y la democracia (19 por ciento). No es fácil interpretar el sentido de una encuesta sin la ayuda de quienes formulan las preguntas y tabulan las respuestas. De todas formas, ahí quedan reflejados cuatro desafíos que pueden leerse a la luz de la Declaración de París, firmada por la Internacional Socialista: la ineficiencia del sistema internacional, la inestabilidad financiera, la democracia y el fin de la ética tradicional. Es importante que estos encuestados saquen a relucir el cambio climático, tema central de algunas cumbres y protocolos no firmados por ciertos países. Siempre queda un interrogante: ¿qué sentido dieron los participantes encuestados a estos problemas y qué sentido les damos los lectores no encuestados? En todo caso son problemas mundiales.

Pasando a los comentarios de los periodistas, encontramos unos breves, pero interesantes apuntes. "Para los países en desarrollo los desafíos del

milenio no concuerdan con el desarrollo del internet. Estos desafíos tienen por nombre: la lucha contra la pobreza, la lucha contra la corrupción, los conflictos étnicos y la dificultad para honrar su deuda (externa)". Los tres flagelos del planeta son la tuberculosis, la malaria y el sida. Para estos países, "el espíritu de Davos, magnificado por Klaus Schwab, presidente del foro, es una noción muy abstracta". Paul Krugman dijo: "el progreso global de la economía va a la par con el progreso social. Los dos son indisolubles" (S. Marti y B. Stern, "La 'nouvelle économie' en question au From de Davos", *Le Monde*, 29 de enero de 2000).

Al cerrarse la estación turística de invierno de Grisons, donde tuvo lugar este foro económico, nos quedamos pensando en dos términos acuñados en dicha cumbre: "el hombre de Davos" y "el hombre de Seattle". Dos visiones antagónicas de la "nueva economía" y de la globalización. Estos seres antagónicos cohabitan también en nuestro país. Claro que para nosotros la nueva economía no son las avanzadas aplicaciones de internet, porque de momento estamos en la era de los celulares. La "nueva economía", entre nosotros, son simplemente los desgastados equilibrios macroeconómicos, pero sin descender de ese tejado de los grandes agregados hasta la dislocación de los sectores productivos y de la exclusión social. Así hemos terminado el siglo XX y así comenzamos el siglo XXI, con una bifurcación de teorías, de objetivos, de éticas y, por supuesto, de libertades y necesidades. Esta es la lección de Davos 2000.

En el cruce de ambos siglos Juan Pablo II, en su mensaje del 1 de enero, habló a los hombres de Davos y a los hombres de Seattle, pero hubo más audiencia entre los segundos que en los primeros.

"En el inicio del nuevo siglo la pobreza de miles de millones de hombres y mujeres es la cuestión que, más que cualquier otra, interpela nuestra conciencia humana y cristiana... Los pobres exigen el derecho a participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo, creando así un mundo más justo y más próspero..." (N. 14). En este sentido, resulta obligado preguntarse también por el creciente malestar que sienten en nuestros días muchos estudiosos y agentes económicos ante los problemas que surgen desde la vertiente de la pobreza, la paz, la ecología y el futuro de los jóvenes, cuando reflexionan sobre el papel del mercado, sobre la omnipresente dimensión monetaria y financiera, la separación entre lo económico y lo social y otros asuntos similares de la actividad económica.

"¿Puede ser que haya llegado el momento de una nueva y más profunda reflexión sobre el sentido de la economía y de sus fines. Una economía que no considere la dimensión ética y que no procure servir al bien de la persona —de toda persona y de toda la persona— no puede llamarse, de por sí, 'economía', entendida en el sentido de una racional y beneficiosa gestión de la riqueza material" (N. 15). "¿Qué modelos económicos?... A este respecto se tendrán que armonizar mejor las legítimas exigencias de la eficacia económica con las de participación política y justicia social, sin recaer en los errores ideológicos cometidos en el siglo XX. Estos procesos exigen una reorientación de la cooperación internacional, en los términos de una nueva cultura de la solidaridad..." (N. 17). *El que tenga oídos para oír que oiga.*

Francisco Javier Ibisate